

PRÓLOGO
VOLVER A VER

Tener referencia de cómo una realidad sobrevenida, a todas luces negativa, trágica y dura, se convierte en una oportunidad, es bastante habitual en la vida de muchas personas, y a buen seguro todos ustedes conocen alguna situación de este tipo. Como tal realidad humana, la literatura, incluso el ensayo (dos géneros que, a mi juicio, conviven en esta obra), han utilizado esta idea en variadas ocasiones. Pero no en todas se teje una relación entre tres mujeres de tres generaciones muy dispares con la aparente sencillez y la profundidad que podrán descubrir en *Un hotel en Cabo de Palos*.

La autora Ana Alemany consigue en esta nueva obra ejecutar aquello que muchas veces se propone trasladar a sus lectores, hablar de mujeres normales que realizan cosas extraordinarias, en un relato de ficción que consigue enganchar desde el principio con la crueldad o la dulzura de sus diálogos y reflexiones, y que se convierte en algo real y cruel como la vida misma, surgido de una sacudida excepcional, un accidente de tráfico. Pero que viene finalmente a poner todo en su lugar.

Y para ello, se apoya Alemany en que una de esas mujeres sea una niña con discapacidad visual, una niña con una ceguera sobrevenida con apenas siete años, lo que dibuja una circunstancia que entronca con el sentir de la organización que presido, el Grupo Social ONCE, comprometidos con estar al lado de las personas en los momentos en que más se nos necesita. Por eso, como apunta la autora, tratamos de convertir pequeños logros cotidianos en ejercicio de bendita normalidad, logros de muchas personas con discapacidad que son muy capaces de hacer cosas extraordinarias.

En este sentido, con una importante carga psicológica, el texto incluye reflexiones de calado que son un reflejo de la sociedad en la que nos movemos, que puede permanecer

imposible a casi todo lo que tiene alrededor (la familia, los amigos, el amor, la vida en definitiva) sin que se provoquen apenas cambios de comportamiento con el único objetivo de mantener un estatus de egoísmo y autocomplacencia. Y tiene que ser, en este caso, un accidente de tráfico el que nos lleve a lograr —no sin mucho sufrimiento— una paz interior que empieza y se logra, como siempre, con la paz consigo mismo y con quienes te rodean, a la que se alude.

Y aquí la figura de la pequeña Sonia toma todo el protagonismo sin quererlo, sin querer —como les ocurre a muchas personas con discapacidad— convertirse en salvadores de nada ni de nadie pero tampoco ser culpables de todos los males de quienes les rodean. La normalidad con la que la niña afronta su futuro se convierte al tiempo en demostración y en salvavidas para reflejar una realidad que, tras el obligado duelo y las vicisitudes de cada situación, acaba encontrando nuevos horizontes que cumplir.

Normalmente, ese salto para abrirse al futuro, ese “clic”, tiene algún momento especial, alguna persona especial, algún profesional siempre muy bien preparado (como descubrirán en el texto); y por ello encuentro todo el sentido en seguir hablando en este prólogo de cómo el Grupo Social ONCE estará ahí para quien nos necesite: como Gustavo, como el doctor Martín Espinosa, como María SYM o como el perro —casi guía— de José Enrique.

“Si me porto bien y hago los ejercicios que me mandan los de la ONCE... ¿podré volver a ver?”, se pregunta Sonia en un momento de miedo, zozobra e incertidumbre. Y yo tengo que decirte Sonia que sí, que podrás ver de otra manera; que volarás tan alto como te lleve tu propio esfuerzo, tu propia realidad, tus propias ganas de vivir. Y ahí, los de la ONCE, los del Grupo Social ONCE, siempre estaremos, como ocurre en este interesante relato que les animo a leer. Todos hemos conocido, conocemos y conoceremos muchas niñas, muchas mujeres, muchas personas... que pueden ser protagonistas de su propia vida siempre que les tendamos una mano abierta.

MIGUEL CARBALLEDA

Presidente del Grupo Social ONCE

EL ACCIDENTE

La discusión terminó con un portazo bamboleante. Pero el silencio, el silencio que sobrevino después fue más doloroso que los malditos gritos.

Susana notó que temblaba. Pero no era de ira, sino de temor ante lo que parecía inminente. Había notado la tristeza que aflora en los hombres poco antes de abandonar a sus mujeres. Esa tristeza que emanan cuando el tiempo que se han dado, como ultimátum, se ha consumido.

Esa mismísima tristeza.

“No. No quiero pensarlo ahora. No quiero envenenarme de cortisol”.

Se calzó sus deportivas azules como el cielo y salió a correr. Sin pensar. Sin dudar.

Correr le producía un chute salvaje de endorfinas. Y de dopamina. Y de serotonina. Y perdía la noción del tiempo. Tan solo se detenía cuando había logrado la paz. La serenidad.

Por eso no escuchó el teléfono que se dejó en su dormitorio. Por eso no se enteró hasta regresar, más tranquila, pero con un extraño sentimiento. Una intuición.

“Qué cosas”, pensaría unos días más tarde.

LA VIDA EN TRES, DOS, UNO

“Esta vez las sirenas sonaban para mí”, se decía mientras corría hacia la puerta de Urgencias del Hospital Gregorio Marañón, con la cara desencajada y el móvil y las llaves de casa en la mano.

El mensaje era escueto. Con tono de voz neutra y mucho ruido de fondo. “Este es un mensaje para Susana Ortega Velasco. Por favor, devuelva la llamada o acuda al Hospital General Gregorio Marañón y pregunte por el doctor Urrieta. Es relativo a Juan Carlos Quintanilla de la Serna y su hija Sonia Quintanilla Ortega”. Sin aliento, reprodujo en la entrada de Urgencias el audio que le sirvió de salvoconducto. Un doctor, probablemente el propio Urrieta, le informó con voz tranquila y ademanes pausados mientras recorrieron un pasillo de luces fluorescentes y olor penetrante a desinfectante.

“Ha sido un desafortunado accidente”. “La policía de atestados está realizando el informe”. “Se han visto implicados dos vehículos”.

Susana oía, pero sentía que no comprendía. Se fijó en el doctor que abría y cerraba la boca, señalando distintas partes de su cuerpo, también observó un carrito lleno de botes desparramados y quiso detenerse a ordenarlos. Y cerrarles el tapón. Y tal vez, desechar los vacíos. Alguien gritaba. Dos puertas se cerraron a la vez. Susana se sobresaltó. Quería no estar al lado de ese doctor que hablaba de modo tan sereno sobre personas que ojalá fueran extraños. Se detuvo, tratando de asimilar.

—¿Qué hago aquí? ¿Dónde está mi familia? Quiero irme a casa, por favor.

Al volver en sí, no recordaba qué había sucedido. Tampoco reconocía el lugar en el que se hallaba. Con gran inquietud preguntó a una mujer vestida de azul que pasaba cerca:

—¿Dónde estoy?

—Tranquila. Ahora vendrá el doctor.

¡El doctor! No había sido una pesadilla. No había sido fruto de su imaginación. Aquella sala era realmente un hospital.

Trató de incorporarse, pero la cabeza le daba vueltas. Tampoco pudo acercar los brazos a su cara. Forcejeó y comprobó que los tenía atados a la cama donde descansaba. Un camisón con apertura trasera le dejó un hombro al descubierto y vio que no llevaba ropa interior. ¿Qué pasaba? Se horrorizó y comenzó a agitarse y a tirar con fuerza.

—Tranquila, Susana. Enseguida viene el doctor. ¡Doctor, la paciente de la cuatro ya se ha despertado!

Un hombre alto, con rasgos dulces, cabello abundante y ojos oscuros surgió frente a ella. Le tomó la mano, comprobando su pulso mientras atendía a los indicadores que proyectaban las máquinas ruidosas de la sala. Y su tono enérgico, duro, la asustó.

—Susana, ha sufrido un colapso emocional al recibir una mala noticia sobre su familia. Su marido y su hija se han visto envueltos en un desgraciado accidente. Lamentablemente, su marido resultó muy grave. Su hija Sonia, en cambio, está fuera de peligro, pero deberá permanecer ingresada unos días.

Mientras le relataba los hechos que habían transformado drásticamente su vida, el doctor, que ya no era Urrieta, sino Martínez Ulla, le desató las gomas que la mantenían sujeta a la cama. Después, ella se atusó el cabello, que se le había desparramado sobre la frente.

—Ayer estaba usted muy inquieta y había peligro de autolesión, Susana.

—¿Ayer? —preguntó Susana, intentando incorporarse y sintiendo de nuevo un vértigo que la obligó a recostarse. El plástico protector debajo de la sábana chirrió.

El doctor Martínez Ulla, con un tono más humano, le confirmó que llevaba casi un día completo sedada. Lo dijo con una sonrisa indulgente en su rostro. Susana pensaba que se trataba de una broma. De una pesadilla.

Tratando de asimilar toda la información que el médico le estaba proporcionando a bocajarro, Susana preguntó si podía

ver a su familia, sin saber muy bien qué decía. Dos enfermeras que estaban en la sala cruzaron las miradas.

Aunque sobrepasaba los cuarenta años, el doctor lucía tras sus gafas unos ojos que todavía brillaban con luz infantil, que todavía creían en la naturaleza humana. Por eso, se detuvo un instante. Susana contuvo la respiración porque vio que una nube negra atravesaba su rostro, como una sombra de agua. Tendió la mano para tocarle la bata, para que le diera una explicación a lo que estaba ocurriendo, pero Martínez Ulla estaba demasiado apartado de ella, de forma que su mano cayó en ese espacio vacío que los separaba.

El doctor vio que la paciente quería decirle algo y se aproximó. Se apoyó en el borde de su cama y, tras tomarle suavemente la mano, le comunicó que su marido había muerto. Con unos ojos llenos de paz, le siguió contando que el equipo sanitario no pudo estabilizarle en el lugar del accidente y que ya ingresó cadáver en el hospital.

—Su hija, en cambio, está fuera de peligro. Deberá permanecer unos días ingresada para su recuperación, y para realizarle unas pruebas.

Tras un breve lapso, se sentó esta vez en su cama y, sin soltarle la mano, le comunicó que su hija había quedado ciega.

—Se ha producido por un traumatismo craneoencefálico.

Es increíble el daño que pueden ocasionar unas simples palabras. Una frase. Dos. Pueden destrozarte la vida. Incluso aunque las hayan dicho con suavidad. Sin gritos ni histerismos.

Susana pensó que aquello era demasiado para ella, y que no lo iba a poder soportar. Se soltó lentamente de la mano de ese doctor amable, se dio la vuelta en la cama y simplemente dijo:

—Por favor, llamen a mi madre.

El hospital, la llamada, el accidente, Juan Carlos, su niña. Todo se encerró en un lapso de tiempo diferente, que se ralentizó y estiró como el cristal caliente.

Y Susana se encerró en un absoluto mutismo.

© del texto: Ana Alemany Gil, 2026
© del prólogo: Miguel Carballeda, 2026
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2026
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: mayo de 2026
ISBN: 979-13-991354-3-5
DL: L 399-2026
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S L
www.bobala.cat

Printed in Spain

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.